

Al retirarse, le recordó Litzajaya con una mirada abrasadora el pacto que habían hecho.

Por la tarde se solemnizó con grandes fiestas el convenio amistoso que habían celebrado el cacique de Pánuco y el capitán de los españoles.

CAPITULO XLIII.

Una corte en pequeño.



EMERÁBANSE los habitantes de Pánuco en hacer grato el tiempo que pasaban los españoles al lado suyo.

Velazquez, deseando cumplir la palabra que había empeñado, envió emisarios á Nazatcotlan, suplicándole una entrevista para tratar con él de la paz.

La entrevista se celebró en una aldea inmediata á Pánuco.

Nazatcotlan accedió á los deseos de Velazquez de Leon, porque había oido hablar de los españoles, y hasta entónces no había visto á ninguno.

La curiosidad principalmente le movió á acudir á la cita que le dió Velazquez de Leon.

En ella el capitán de los españoles le manifestó el objeto que le había llevado á Pánuco, los vivos deseos que tenia de restablecer la paz, destruyendo la guerra civil que asolaba á una poblacion tan activa, tan industriosa, tan á propósito para ser feliz.

Nazatcotlan contestó que por su parte no había tenido más objeto al rebelarse contra Naothael, que el de librar á su pueblo del yugo de los mexicanos.

—Pues bien, contestó Velazquez de Leon; ese es el objeto que nos ha obligado á venir á estas regiones.

En España ha sabido nuestro monarca, que es el más poderoso de la tierra, que muchos pueblos, que muchas trébus, sufrían

un ominoso yugo: que un tirano, Moctezuma, con la ley de la fuerza, habia convertido en esclavos á pueblos libres.

No podia consentir nuestro monarca semejante atentado, y hemos venido á devolver la libertad á los que gimen en la esclavitud; pero respetando al mismo tiempo su independencia.

Naothael ha aceptado gustoso mis proposiciones, imitando el ejemplo de los caciques de Zempoala, de Zocotlan, de Tabasco, de Cinthal y de otras muchas provincias, que á estas horas nos deben haber salido de la esclavitud.

Naothael os abrirá sus brazos, si deponiendo las armas, mostrais que no es una mezquina ambicion, que no es el deseo de arrebatarle el mando, el que os ha movido á encender la guerra.

Pensad en la alegría que dareis á los habitantes de Pánuco, vuestros hermanos, reconciliándoles con Naothael, y pensad la alegría que experimentarán todos con un desenlace tan feliz.

Las palabras de Velazquez de Leon influyeron en el ánimo de Nazatcotlan, y obedeciendo á un impulso de su corazon:

—Llevadme á Pánuco, le dijo; yo mismo me entregaré á Naothael.

Anunció Velazquez de Leon aquella fausta nueva á su amigo, quien no tardó en difundirla por toda la ciudad, aprestándose todos á recibir con júbilo al que habia sido su enemigo, y al que habia logrado despertar de nuevo en su alma ideas de paz y de conciliacion.

Tres dias pasó Velazquez de Leon con algunos de sus soldados al lado de Nazatcotlan, quien le llevó á su campamento, presentándole á la admiracion de sus soldados.

Cuando uno y otro fueron á Pánuco, y vieron á Naothael, no le reconocieron.

A aquella solemne entrevista asistió Litzajaya.

Velazquez de Leon buscó instintivamente la mirada de la india, para preguntarla qué significaba el estado en que se hallaba Naothael.

La mirada respondió.

Velazquez no pudo ménos de estremecerse.

Naothael manifestó que se hallaba muy mal, que experimentaba unos vivos dolores, que notaba que le faltaban las fuerzas por momentos, y añadió:

—Todo lo espero de mi buena Litzajaya. Ella me devolverá la vida.

—Si los dioses lo quieren, respondió con fingida humildad la esposa adúltera.

Restablecida la paz, y contando Velazquez de Leon con la amistad de Naothael, creyó que debia alejarse de aquella ciudad ántes de que tomaran mayor cuerpo los fatídicos planes de Litzajaya.

En una entrevista que pudo proporcionarse con ella á solas:

—Es imposible que continúe más tiempo aquí, la dijo; terminada mi mision, infundiria sospechas mi permanencia en esta ciudad. Voy á partir.

—No, tú no te irás, dijo Litzajaya.

—¿Y qué hacer?

—Aguardar breves dias; muy pocos han de ser.

—Piensa lo que haces.

—Cuando yo tomo una resolucion no vacilo, no retrocedo nunca.

Al dia siguiente de esta conversacion entre los dos amantes, la salud de Naothael llegó á inspirar serios temores.

Todos pedian á Litzajaya que salvase al cacique.

—Hago cuanto puedo para salvarle de la muerte; pero veo que mi ciencia es inútil.

—Que acudan todos los que haya en la provincia que curen las enfermedades para examinar su mal, estudiarle y combatirle, exclamó uno de los circunstantes.

—¿Puedes creer, contestaba Litzajaya, que haya alguien en Pánuco que conozca mejor que yo la virtud de las plantas medicinales.

Ante esta pregunta todos callaban.

Pero era tan extraño que un hombre joven como Naothael, que siempre habia disfrutado de una buena salud, estuviese tan abatido, tan postrado, que no podian explicarse sus vasallos la causa de tan terrible enfermedad.

Como sucede siempre, cuando el monarca cayó en el lecho del dolor comenzaron á agitarse las ambiciones.

Nazatcotlan pensó en que él debia ser el heredero del poderío que con la muerte iba á abandonar para siempre Naothael.

Obedeciendo á este deseo ambicioso, comenzó á preparar los animos en favor suyo.

Litzajaya lo supo, y trabajó á su vez para desprestigiar á Nazatcotlan y para conseguir la realizacion de sus planes.

Durante la enfermedad de Naothael iba todos los dias Velazquez de Leon á su palacio, porque Litzajaya le habia pedido que fuese, asegurándole que los habitantes de Pánuco considerarían su ausencia como un desaire, como una ofensa digna de castigo.

En uno de los momentos más críticos de la enfermedad de Naothael, dirigió Velazquez de Leon una suplicante mirada á Litzajaya.

Ella le contestó con otra, dándole á entender que pronto iban á terminar los obstáculos que se oponian á su dicha.

Nazatcotlan sorprendió estas miradas, y abandonando el palacio, corrió á buscar á sus amigos para participarles el descubrimiento que acababa de hacer.

—Litzajaya y el capitán de los extranjeros están de acuerdo, les dijo; no ignorais que la esposa de Naothael nos ha hablado muchas veces de los españoles, por haber vivido en una isla de las primeras que han conquistado.

¿Quién sabe si desde entónces se conocen?

¿Quién sabe si la enfermedad de Naothael es el efecto de una intriga tramada entre su esposa y Velazquez de Leon, para entregarle por este medio la provincia de Pánuco?

Semejantes noticias alarmaron á los amigos y confidentes de Nazatcotlan.

—¿Y qué podemos hacer? preguntó uno.

—¿Qué? Aguardar prevenidos los sucesos, Naothael bajará muy en breve á la tumba, y en el mismo momento en que sepamos su muerte, corremos á palacio, me proclamais á mí, y desbaratamos los planes de Litzajaya y de los extranjeros.

La desaparición de Nazatcotlan inspiró vivos temores á Litzajaya.

Apénas le vió partir envió en su seguimiento á uno de sus criados, el más fiel, el que la servia para la realizacion de todos sus planes secretos.

Aizo, que así se llamaba, le anunció aquella misma noche los proyectos que habia concebido Nazatcotlan.

Al dia siguiente amaneció bastante mejorado Naothael.

La noticia se difundió por la ciudad, causando gran alegría.

—Antes de que los conjurados realicen sus proyectos, se dijo Litzajaya, caerán en mi poder. Yo les acecharé, como acecha el jaguar su presa.

En efecto: desde aquel momento los espío sin descanso, aprovechando la primera ocasion oportuna para sorprenderlos y deshacerse de ellos.

Veamos lo que hizo.

CAPITULO XLIV.

Donde Velazquez de Leon se vé obligado á huir del amor.

Lo primero que Litzajaya ideó para deshacerse de sus enemigos, fué referir á Naothael lo que pasaba. En medio de la desesperacion que producía en él su enfermedad, tener noticias de que Nazatcotlan trabajaba en contra suya, era motivo suficiente para que el cacique de Pánuco tomara una resolución violenta.

Litzajaya, aprovechando uno de los momentos de tregua que le daba su enfermedad:

—Sé, le dijo, quiénes son los que ayudan á Nazatcotlan. Sé que ha llevado su infamia hasta el punto de decir á sus amigos que yo estoy de acuerdo con los españoles para que, si desgraciadamente sucumbes, me apoyen y defiendan. Con este ardid, con esta fábula, ha ganado la voluntad de las personas influyentes, y su plan es acelerar el fin de tus días á fuerza de disgustos, hallándose prevenido para tomar por asalto el trono que abandonas.

—No realizará sus infames proyectos; es preciso que mis soldados se apoderen de él inmediatamente.

—Ese es el medio de que se escapen los demás.

—¿Cómo tomar venganza entónces de su felonía?

—De una manera muy fácil. Da orden á tus ministros para que me obedezcan en todo y por todo; que pongan á mis órdenes las fuerzas que necesite, á fin de castigar á los culpables.

Naothael, que no sabía negar nada á Litzajaya, y que por

otra parte se veía sin fuerzas para combatir con sus enemigos, accedió á los deseos de su esposa.

Desde aquel momento tuvo ella preparados los hombres suficientes para sorprender á los conspiradores y satisfacer sus deseos de venganza.

En efecto; habiendo empeorado Naothael, divulgó esta noticia Litzajaya, y como era natural, los conjurados celebraron una reunion para ponerse de acuerdo.

Aizo espió á los enemigos de Naothael, y con arreglo á las órdenes que había recibido, anunció á Litzajaya dónde estaban los conspiradores.

La esposa de Naothael, acompañada del primer ministro y de gran número de soldados, rodeó la casa donde se hallaban reunidos los conspiradores, y logró sorprenderlos.

—Sois unos miserables, dijo Litzajaya con su varonil energía, y vengo á dáros el castigo que mereceis. Habeis imaginado que pasaria de manos de Naothael á las vuestras el gobierno de Pánuco. Pronto sabreis el castigo que merecen los que de esta manera conspiran contra su legítimo soberano.

Buscó Litzajaya con ávida mirada á Nazatcotlan; pero no le halló.

—¿Ha huido vuestro jefe? dijo. No importa; ya le hallaremos. En cuanto á vosotros, partid de aquí y seguid al primer ministro, que ya ha recibido las órdenes de lo que debe hacer con vosotros.

Los conjurados fueron encerrados en una prision y destinados á servir de víctimas en el primer sacrificio.

Aquel suceso conmovió á los habitantes de la ciudad, y llegando á noticia de los españoles, se presentó Velazquez de Leon en la morada de Naothael para ofrecerle su apoyo contra los rebeldes, y castigar, si era preciso, á Nazatcotlan por haber faltado á su palabra.

Cuando llegó, encontró á Naothael en un estado lamentable.

Litzajaya, aprovechando un momento en que estuvieron solos:
—Mañana á estas horas, le dijo, habrá dejado de existir Naothael. Al día siguiente seré yo reina de Pánuco. Nuestra felicidad llegará pronto al colmo.

Velazquez de Leon, que á pesar de su valor y de las seducciones que hallaba en Litzajaya, temia las consecuencias de los proyectos de la india; Velazquez de Leon, que estaba seguro de que la esposa de Naothael era capaz de realizar al pié de la letra todos los planes que le habia confiado, tornó á su alojamiento poseido de una viva agitacion.

¿Qué partido podia tomar?

¿La fuga? Si huia desprestigiaba las armas españolas.

Si se quedaba allí, tenia que oponerse á los designios de Litzajaya, y aquella mujer era capaz de cometer cualquier crimen, de envenenar á todos los soldados españoles, de sacrificar á su mismo amante.

Entre estas dos alternativas sólo un partido le quedaba.

Pero era un partido violento, un partido cuyas consecuencias podian ser tan funestas ó más que las que se prometia tomando cualquiera de las dos anteriores resoluciones.

Podia acercarse con sus tropas á la morada de Naothael para favorecer á los partidarios de Nazatcotlan, entregando á su execracion á Litzajaya.

Acaso esta resolucion le habria salvado.

Pero no la tomó, porque á pesar de toda Litzajaya le inspiraba algun afecto.

Resolvió, pues, alejarse, y para justificar su retirada halló un pretexto muy especioso.

—Que resuelvan sus cuestiones los habitantes de Pánuco, se dijo. Volveré despues, y podré alegar el deseo de no mezclarme para nada en sus asuntos, de no influir en favor de unos ú otros. Antes que todo es mi deber de soldado español y la fidelidad á Hernan Cortés.

Con el mayor secreto dispuso lo necesario para partir al día siguiente; y se alegró de haber optado por este medio, porque momentos ántes de salir llegaron dos indios zempoales con un mensaje de Hernan Cortés.

—«Necesito vuestro auxilio, le decia. Venid con vuestras tropas sobre México, porque ha llegado ya el momento de luchar, y no nos queda más recurso que vencer ó morir.»

Con este motivo, apresuró Velazquez de Leon su marcha, favorecido por el interes que despertaba en todos los habitantes de Pánuco el drama cuyo desenlace tenia lugar en la morada de Naothael.

En efecto; las noticias que acerca del estado del cacique recibian sus vasallos, eran cada vez más alarmantes.

Todos los altos personajes de la provincia ocupaban las habitaciones del palacio.

El pueblo llenaba la plaza, y la ansiedad de todos era inmensa.

Miéntas esto sucedia allí, conversaban dos hombres en un bosque próximo á la ciudad, y debemos oir su conversacion.

CAPITULO XLV.

Un cambio de dinastía en Pánuco.



QUELLOS dos hombres eran Nazatcotlan y Aizo. El primero habia logrado evadirse del paraje en que Litzajaya habia sorprendido á los conspiradores, y al querer escapar salió á su encuentro Aizo, deteniéndole.

—Estás en mi poder, le dijo.

—¿Y qué? contestó Nazatcotlan con gran presencia de ánimo. Puedes muy bien llevarme á la presencia del cacique, hacer que me aprisione y me condene á muerte. ¿Qué habrás logrado? Ser siempre un servidor de Naothael, ser un criado, ser un pobre, un miserable, y en cambio yo puedo hacer que seas rico, que alcances honores, que insultes á los que te han despreciado; en una palabra, que seas feliz y envidiado.

Las palabras de Nazatcotlan impresionaron vivamente á Aizo.

—¿Y qué he de hacer para eso? exclamó.

—Sígueme, dijo entonces Nazatcotlan.

Aizo le siguió.

Convinieron los dos en que era de todo punto imposible que reinase Litzajaya, y que si moria Naothael tenia por fuerza que pasar el mando á Nazatcotlan, que contaba ademas en toda la provincia con gran número de partidarios.

Aizo se olvidó de su fidelidad á Litzajaya, y ante la esperanza del medro no tuvo inconveniente en vender el secreto de la india.

Pero Aizo no pudo confiar á Nazatcotlan las relaciones que existian entre Litzajaya y Velazquez de Leon.

La esposa de Naothael habia tenido mucho cuidado de ocultárselas.

Libre Nazatcotlan, recurrió de nuevo á aquellos de sus partidarios que no se hallaban en poder de Naothael, y tramó otra conjuración, cuyo objeto debia ser librar de la muerte á los que habian sido presos por Litzajaya, y proclamar como cacique á Nazatcotlan en el momento en que espirase Naothael.

Aizo permaneció, á pesar de sus relaciones íntimas con el futuro jefe de la provincia, al lado de Litzajaya.

Nazatcotlan le habia encargado que en el momento en que empezase la agonía de Naothael fuera á avisarle.

El punto donde debian verse era en el bosque en donde los hemos hallado.

Aizo fué á participar á Nazatcotlan que Litzajaya misma habia declarado que Naothael no volveria á ver el nuevo sol.

—Ante la seguridad de la muerte de su esposo, añadió, ha reunido á todos sus amigos para que la proclamen como reina, y cuenta con el auxilio de los españoles.

—Eso no es verdad.

—Ella al ménos lo dice así.

—Mira y convécete, dijo Nazatcotlan, mostrando á Aizo los soldados españoles que se alejaban de la ciudad.

—En ese caso, esta misma noche deben acudir á la morada de Naothael nuestros amigos para colocarlos en el puesto que la muerte le arrebatara en estos instantes. Yo ya no me separaré de vos.

Nazatcotlan y Aizo partieron á la ciudad cuando empezaba á anochecer.

Litzajaya no se habia engañado.

Apénas desaparecieron los rayos del sol y comenzó ese nuevo crepúsculo vespertino, tan magnífico en aquella parte del globo, espiró Naothael.

Litzajaya pidió que la dejaran sola con su esposo, para ver si aun podia hacer algo para alargar su vida.

Cerró la puerta de la antecámara, examinó el cadáver de Naothael, se convenció de que ya no existia, y por una puerta retirada que habia en la estancia, y que solo ella conocia, salió del palacio y se dirigió al real de los españoles.

Su asombro fué inmenso al saber que habian partido.

—¿Qué es esto? exclamó. ¡Me ha engañado Velazquez! ¡Me ha vendido! ¡Oh, yo me vengaré!

Volvió presurosa á su palacio, y al entrar en su cámara por la puerta secreta oyó grandes voces en la antecámara.

Todos gritaban:

—¡Naothael ha muerto! ¡viva Nazatcotlan!

Litzajaya no podia creer que eran verdad las palabras que llegaban á su oido.

Poseida de un verdadero frenesi, abrió la puerta de la estancia y encontró al frente de todos á Nazatcotlan y á los conjurados que dos dias ántes habia preso y condenado al sacrificio.

—¡Atrás, miserables! exclamó, ardiendo en ira. Naothael ha muerto; pero yo vivo, y todos me debeis respeto.

—Es tarde ya, exclamó Nazatcotlan. Nadie ignora tus crímenes. Tú has asesinado á tu esposo, porque ambicionabas tener el mando de esta provincia para entregarla despues á los españoles, tus aliados.

El pueblo de Pánuco, que conoce mi lealtad y los sacrificios que he hecho por su independencia, me ha elegido su cacique.

Tú no eres más que una criminal, y tu castigo coincidirá con mi elevacion al mando.

Y dirigiéndose á los que le acompañaban:

—Apoderaos de ella, dijo.

Inmediatamente sujetaron á Litzajaya varios de los circunstantes, y no pudiendo resistir á sus fuerzas, los siguió, protestando y maldiciendo contra lo que pasaba.

Litzajaya fué conducida á la prision donde habian estado los conspiradores, y Nazatcotlan dispuso que despues del entierro de Naothael, cuando se celebraran las fiestas de costumbre por su advenimiento al mando, seria Litzajaya entregada á los teopixques para que la sacrificasen á los dioses.

Como sucede siempre, hasta los partidarios de Naothael le aclamaron y juraron por cacique, reinando gran alegría en la ciudad, porque Nazatcotlan era enemigo de los mexicanos, ofrecia desobedecer á Moctezuma, no pagar tributo y defender la independencia de Pánuco.

Tambien se alegraban mucho de que los españoles hubieran partido, porque de este modo Litzajaya no podia llamarlos en su ayuda.

Se celebraron, pues, las fiestas, y llegó el momento en que la esposa de Naothael debia salir de su prision, atravesar por medio de la muchedumbre las calles que conducian al gran templo, y entregar allí su cuello á la cuchilla sacrificadora.

Por la misma razon de que Nazatcotlan la acusaba de haber asesinado á Naothael, todos se preparaban para acudir á presenciar su castigo.

Así es que cuando salieron del templo los teopixques para buscar con toda solemnidad á la culpable y llevarla al suplicio, esperaban los circunstantes su vuelta con ansiedad y júbilo.

De pronto se propagó una noticia que asombró á todos.

—Litzajaya ha desaparecido de su prision, decian unos á otros.

En efecto; cuando los teopixques penetraron en el calabozo donde se hallaba para conducirla al ara, la buscaron en vano.

La esposa de Naothael, la amante de Velazquez de Leon, habia desaparecido.

—Antes de morir se habia dicho, necesito vengarme.

¿Podria cumplir su palabra?